

EL TEATRO DE LOS PUEBLOS ES UN ARMA CARGADA DE RELATOS DE AMOR POR LA DEFENSA DE TODAS LAS VIDAS Y DE LOS TERRITORIOS.

Elisa Loncon Antileo

Mari mari pu lamgen, u Koyontufe wallontumapu tuqlu. Pewmagele kvme txipape tufachi koyontufe kawin, ka wuñotuliyiñ tayín mapu mu kúme felepe kom tayiñ reñma ka iñ mapu.

Les saludos hermanas y hermanos artistas del mundo. Mi deseo es que este encuentro tenga buenos logros y que al volver a nuestras tierras nuestras familias y comunidades se encuentren bien.

Agradezco a los organizadores del evento por darme el honor de dirigirme a ustedes.

Soy Elisa Loncon Antileo, profesora y antigua militante de la tierra, de lengua y de la cultura de mi pueblo. Vengo del Sur y les traigo los saludos de mi pueblo, también el de la cordillera de Los Andes, del Mar Pacífico, que de pacífico no tiene más que la ternura de su espíritu generoso que nos provee de alimentos y de sanación por lo que estamos agradecidos. Me acompaña Roberto Cayuqueo, hermano de pueblo y actor. Hemos venido para saber de ustedes y para entregar un mensaje de esperanza de que el teatro puede ayudarnos para un mejor vivir, el kúme mogen, o suma kawsay en lengua Quechua.

Crecí en el territorio mapuche, mapuche significa: gente de la tierra y como tal me eduqué en el campo como una niña que caminaba con sus hermanas y hermanos imitando a los pájaros, a los animales y también a los personajes políticos de la época, incluido a Salvador Allende; tampoco quedaban libre de estas representaciones los chilenos hablantes de español que llegaban de visita a mi casa. Imitando su habla aprendí el uso cotidiano del castellano, en un primer momento.

Desde muy joven recorrí mi pueblo usando precisamente y de manera natural, el teatro. El teatro mapuche como herramienta para llevar los mensajes de nuestros antepasados y dirigencia para reafirmar nuestra condición de pueblo y cultura y con todo ello, mantener vivo el futuro de mi pueblo. Hoy vemos esos frutos en un teatro mapuche contemporáneo que busca abrir pasos en el mundo.

Nuestra tierra se llama Wallmapu, y se ubica al sur de Chile y Argentina, en Sud América. En mi país los pueblos indígenas somos un poco más del 10% de la población chilena, somos 10 pueblos, ninguno de los cuales somos reconocidos por la constitución chilena. No nos conocemos, quizás, nunca nos hemos visto, por eso, son muchas las historias que me gustaría contarles y muchas las que a mí me gustaría aprender de Uds. Para honrar sus vidas y su arte. Son muchas las lenguas, los cantos que tendríamos que escuchar para reconocernos en la diversidad que nos constituye. Aprender por ejemplo, ¿cómo suenan las lenguas que habitan en este lugar?.

Dicen que el ser humano es un ser narrativo, y yo así también lo creo, por eso ustedes son importantes, su escucha me llena de esperanza. El relato creado por los ancestros, los antepasados y las mayorías, nos diferenció de las otras especies existentes. Los pueblos de todas las culturas hemos organizado relatos para contar a nuestros niños la historia de nuestros pueblos, de los espíritus del universo que nos hermanan, de los conocimientos con los que hemos cultivado la tierra y sembrado, las historias de nuestras heroínas, héroes, de nuestros sufrimientos de las felicidades y el goce, porque también nos gusta divertirnos. Mi pueblo como las otras naciones originarias es un pueblo de palabras, contando y escuchando historias sabemos de nosotros y de los otros, y

aprendemos a amar y respetar con las palabras, pero también se puede odiar con ellas, por eso respetamos la palabra. Cantando y escuchando cantos, danzando, pintando nuestros cuerpos hemos aprendido de nosotros y que los otros también existen.

El colonialismo, el eurocentrismo desde su llegada hace más de 500 años a nuestro continente, trajo las armas de fuego para quemar nuestras casas, bosques y cultivos. Buscó borrarlos y hacernos desaparecer, con la peste, el hambre, pero también con la imposición de una sola lengua, de una sola historia y cultura. Muchos pueblos fueron objetos de ese genocidio, otros lo siguen padeciendo, o resistiendo, reconstruyendo sus propios relatos.

Pero la historia se ha encargado de demostrar que los colonos se equivocaron en su relato, su afán civilizatorio y de conquista no fue por amor a Dios como lo intentaron disfrazar, sino por la avaricia para llenar sus arcas de oro y de minerales preciosos. El progreso y el desarrollo no buscó el bienestar para la humanidad como lo prometieron, basado en el paradigma de la violencia ha traído graves consecuencias para todos los pueblos incluido los vuestros. Llenaron las tierras de monocultivos y destruyeron la biodiversidad, mataron las abejas y las mariposas con los pesticidas tóxicos, cambiaron las semillas nativas por los transgénicos propagando el cáncer, la diabetes y la obesidad por el mundo. Los que más sufren las consecuencias son los más excluidos, los campesinos, las familias indígenas. En mi país recientemente hemos vivido un mega incendio, se han quemado miles de hectáreas de bosques de monocultivo de pino y eucaliptus; especies exóticas nacidas de semillas clonadas en laboratorios que no tienen mecanismo de defensa contra el fuego. Los incendios han atacado nuestras comunidades dejando cientos de familias sin casa, sin sus ganados, ni despensas de semillas y alimentos, sin agua porque estas plantaciones han secado las napas subterráneas. El fuego ha sido causado por la negligencia, la estupidez humana, por la codicia del extractivismo forestal, lamentablemente no hay un protocolo que indique que las forestales de plantas exóticas estén alejadas de la comunidades, y esto es grave en caso de incendio, la comunidades están indefensas frente a esta catástrofe. Sabemos del dolor por eso somos pueblos y gente solidaria, aprovecho de enviar un mensaje de fuerza y esperanza a los pueblos de Turquía y Siria que sufrieron un fuerte terremoto. Nosotros venimos de tierras sísmicas y sabemos que cuando la tierra se mueve es porque está viva, y que las personas debemos re-conectar de nuevo con la naturaleza, porque los humanos también somos naturaleza viva.

También hay que reconocer que los tiempos han cambiado, cada vez los pueblos tienen más voces que exigen ser escuchadas. Las ciencias sociales avanzan para reconocer la filosofía del sur, las onto-epistemologías indígenas, sus conocimientos, lo que hace 30 años (como en el caso de Chile) no era posible. Con estos avances ya no hay razón que sustente la negación a los pueblos, no hay fundamento para el racismo, que inferiorice el saber, el arte y el conocimientos de los pueblos, porque se reconoce el pluralismo epistémico, hay teoría que acompaña esta defensa; y lo cierto es que ya los hijos de aquellos pueblos vulnerados estamos aquí, frente al mundo, trabajando para que se reconozca la igualdad sustantiva entre los hombres y las mujeres, los pueblos y nuestra relación indisoluble con la naturaleza, como lo hacen todos los pueblos mujeres y hombres que luchan contra la opresión, vaya también mi reconocimiento y saludos para las mujeres kurdas, palestinas, para las mujeres indígenas que defienden la madre tierra, para las mujeres pakistaníes que buscan decidir sobre sus propios cuerpos.

Los pueblos indígenas no queremos repetir la forma europea del conocimiento, menos del arte, porque esta cultura se considera superior a nosotros, la especie humana superior a

la naturaleza; deben ser las primeras naciones de Chile, de América y del mundo quienes escriban sus propuestas artísticas para la próxima realidad común entre los pueblos y su gente. Buscamos un diálogo internacional, nacional, territorial, para las nuevas generaciones. Los más jóvenes merecen una propuesta diferente al colonialismo del pasado, necesitan los insumos de las primeras naciones, nuevas direcciones que conversen con sus miradas, para que la historia no se repita, no podemos seguir glorificando al conquistador que destruyó nuestras culturas y la Madre Tierra, la historia del blanco, necesitamos las otras historias para proyectar el mundo diverso que representamos. Es preciso, necesario y urgente que reconozcamos otras historias, otras culturas, otros saberes. No volvamos a cometer los mismos errores de los conquistadores, y colonos.

De la escuela aprendimos que el teatro nació en Grecia, como si esta fuera la única cultura que transformó la narrativa en arte. Nuestras narraciones como las de otros pueblos también se han convertido en arte, mediante diferentes técnicas, discursos y artes escénicas, incluidos el canto y la danza. Pertenezco a una generación que conoció el pensamiento occidental en la escuela, pero que no olvidó su propio saber, y cultura, por ello, hoy con más certeza que nunca podemos decir que no hay un solo relato, una historia, una nación, el discurso de supremacía cultural no es más que un acto colonial. Los pueblos indígenas, las primeras naciones tienen formas de representación y artes escénicas. Existe el teatro, el canto, la música con los que se van tejiendo los relatos de la memoria ¿qué sería de nosotros sin la memoria? El teatro mapuche tiene la técnica y la estética propia del pueblo, y sobre todo el mensaje de no negarnos, ni negar nuestra existencia, comunitaria y colectiva, pero tampoco negar al otro. Tenemos tragedia, comedia, drama, comedia, monólogos, como todos los pueblos. Mi cuerpo y el cuerpo de mis hermanas, hermanos llevan la vida de la tierra y de nuestro antepasados, los ciclos de la tierra, de las hambrunas causadas por la soberbia de los colonos que nos despojaron del territorio.

Trabajamos para la igualdad de las voces en escenarios incluyentes, ir con nuestras voces para hablar de igual a igual con el mundo compartido con Occidente, Oriente, Norte Sur y las islas. Nos borraron nuestra historia, rituales, nos patriarcalizaron postergándonos a las mujeres del arte, del conocimiento, de los derechos y hoy nos reconstruimos con nuestras propias memorias, amamos las huellas de nuestros ancestros y queremos nuestras culturas, no las inventadas para negarnos y autonegarnos. Seguimos en el corazón, el sueño y el alma de nuestros antepasados. Nuestros instrumentos y música nos hablan de la historia de la tierra, de los sonidos del aire en los cerros, del bramido del mar. Nuestros cuerpos nos hablan de la vida del ñandú, del zorro o la perdiz, y de los diversos seres y formas de vida de la naturaleza, es la historia nuestra, y de nuestros territorios, es la filosofía nuestra porque la de ellos no nos representa, no queremos seguir encontrándonos en las palabras, filosofías e imágenes de otros que negaron a nuestros pueblos y a los seres de la naturaleza.

Nuestros pueblos y cultura vivimos en colaboración con la naturaleza, por eso queremos que el arte sirva para conectar a los jóvenes y su generación con la cultura viva para perderle el miedo al eurocentrismo, y para querer a su pueblo y a la madre tierra, porque todos somos diferentes y todos pertenecemos a la diversidad del mundo.

Tenemos un plan, una agenda colectiva, una propuesta para proponer el rescate de las lenguas, de la cultura, de la Madre Tierra del extractivismo, porque debemos defendernos de la extinción a la que nos conduce Occidente. Nuestra lengua se llama mapuzugun y

buscamos recuperarla para seguir siendo pueblo; queremos mantener a salvo la biodiversidad y construir con todos los pueblos un futuro común.

En nuestra agenda hemos incorporado el trabajo de rescate de nuestras lenguas en el marco del Año Internacional de las Lenguas Indígenas, decretada por la ONU, queremos aumentar entre el 5 al 10% nuestros hablantes y reducir el desplazamiento de nuestras lenguas, hoy solo el 10% habla Mapuzugun, y el teatro mapuche ha buscado desde su inicio mantener y difundir la lengua, por eso el teatro es un arma cargada de memoria.

Nos ha tocado vivir un mundo que ha olvidado el sentido de la vida, donde se busca la satisfacción individual basada en lo material, en el dinero, en la inteligencia artificial. Olvidamos que además de ser seres pensantes, somos seres espirituales y de corazón. El corazón es el lugar del recuerdo y actualmente el ser ya no está recordando absolutamente nada, las nuevas tecnologías mal empleadas lo que hacen es acumular cantidad de información para el consumo y el desecho, esto nos aleja del mundo de los ritos, de la espiritualidad y necesitamos vivir en el aquí y en el ahora, en la amistad, el amor como seres vinculados al universo, además del vínculo con la comunidad, la familia y con la madre Tierra.

El teatro mapuche, es el teatro fuera del teatro. Toma elementos de la naturaleza, de la vida comunitaria, de la historia propia, del rescate de la lengua, de la infancia mapuche, de la tradición y de lo documental. En los momentos de crisis, el teatro ha servido para decir que aquí estamos, hablar de nuestros territorios y lucha. En el tiempo de la brutal dictadura de Pinochet defendimos las tierras contra la división, defendimos nuestras comunidades y organización social. Recuperamos nuestros saberes ancestrales como la celebración de la nueva salida del sol, el año nuevo mapuche, Wuñol Txipantu, nos involucramos en la creación de la bandera mapuche, siempre usando el teatro como herramienta.

Pese a todo lo trabajado, de toda la resistencia, la negación persiste, la destrucción de la vida también, la imposición de una historia y de un solo conocimiento.

Si el teatro es un arma cargada de relatos de la historia de la humanidad, es pertinente preguntarnos;

¿Cómo defender todas las vidas, las nuestras y las de los otros, el itxofill mogen en mi lengua?

¿Qué vamos hacer para que los pueblos relaten sus propias historias y sueños?

¿Dónde y con quiénes vamos hacer el teatro del futuro? ¿Seguiremos solo en las grandes ciudades, en los grandes teatros o buscaremos una nueva luz para hacer el teatro del futuro?

¿Nos vamos a ir de este encuentro internacional a trabajar los “los grandes clásicos” o vamos a trabajar para que las nuevas generaciones conozcan las historias de sus territorios, para que las mujeres cuenten sus propios saberes, para abrir espacios para el arte de los pueblos?

¿Cuál es la tarea de los teatristas en un mundo que destruye su diversidad y base alimentaria, sin dejar nada a las futuras generaciones?

Necesitamos descolonizarnos, despatriarcalizarnos y defender la tierra que tanto nos necesita.

Queridos artistas, hermanos y hermanas, despertemos del espejismo encanto del modelo neoliberal y su modelo de progreso, del eurocentrismo y el blanqueamiento de nuestras culturas; del encanto de una cultura y de una lengua común, porque ello ya no es un

encanto, es una pesadilla y es la violencia que ha teñido de sangre generaciones tras generaciones.

Dejemos que las niñas y los niños reciban el relato de la vida, del amor, y no de la violencia ni de las guerras, enseñémosles amar la madre tierra de la forma más bella que nos lo permita nuestro arte.

Permitamos que en nuestros territorios florezca la primavera colmada de su diversidad. Que los pueblos cosechen sus frutos sin los transgénicos, que la naturaleza les entregue sanación, Y que las mujeres sean respetadas en sus derechos a participar y decidir su futuro.

Son estos los sueños de las primeras naciones, el mensaje de la gente de la tierra que me he permitido compartir para que juntos, con nuestras armas, el arte y el teatro como arma cargada de memoria, hacer la nueva historia donde quepamos todes. Si mis palabras tienen sentido, son ustedes hoy, los encargados de multiplicar este mensaje que humildemente vengo a entregar y sepan que de ustedes depende que la ventana de sueños que abre el teatro, la danza, las artes escénicas, contribuyan a un futuro mejor y a formar seres humanos más conscientes de su responsabilidad consigo mismo y con la madre Tierra y trabajemos con los muchos mundos que conformamos la humanidad.

Marichi wew pu lamgen, “si uno cae, que diez se levanten”, es el mensaje de valor, esperanza, solidaridad y sororidad de mi pueblo, en mi lengua materna.

Marichi wew!!